

Charlando con Juan Ferraté

Jordi Amat

Juan Ferraté (Reus, 1924) es uno de los nombres fundamentales de la literatura en Cataluña en la segunda mitad de siglo. Poeta, traductor (de Eliot a los líricos griegos arcaicos pasando por el chino Du Fu o Cavafis), crítico, teórico de la literatura, editor, polemista... pero fundamentalmente lector. Su vivencia de la literatura avanza en paralelo al eje a partir del cual explica su biografía: «la voluntad de hacerse sabio», en expresión típicamente suya.

El inicio de su trayectoria intelectual pública data de los primeros cincuenta como crítico de literatura extranjera en la revista *Laye*. Desde esa plataforma empezó a forjar una obra de indiscutible relevancia en el panorama de la crítica literaria hispánica que tiene un hito clave en la publicación de su *Dinámica de la poesía*. Actualmente vive distanciado pero atento a todo, ejerciendo de jubilado en un ático tranquilo de Barcelona. Su discurso, olvidado al mismo tiempo por bien pensantes y malintencionados, siempre refresca; el ejercicio de la conversación con él resulta, en general, altamente gratificante. Acompañado por Blanca Bravo, buena amiga y compañera de la *Unidad de Estudios Biográficos*, pasamos una tarde hablando con él, sobre todo escuchando. Algo de lo que fue aquella conversación –un tanto caótica, sin reservas y siempre en catalán– es lo que pretenden reflejar estas páginas.

Un aviso: hablar con Juan Ferraté es, como mínimo, una experiencia. Superficialmente lo es por lo atrevido de sus juicios, la aparente arbitrariedad de sus afirmaciones o la incontenible propensión a la descalificación sin matices que practica. Una vez que se acepta esta actitud empezamos a entender el valor de una voz singular y valiente, de unas reflexiones que van más allá de la tan habitual conversación de café en la que en muchas ocasiones se convierten los diálogos de los hombres de letras.

Hace más de diez años, desde la tribuna del desaparecido *Diari de Barcelona*, detectaba el advenimiento de una nueva generación literaria. Le pregunto por aquellos jóvenes. «Primero es necesario aclarar qué entiendo por generación. Son un grupo de personas de la misma edad, que han bebido de las mismas fuentes y que tienden –por estas razones– a reaccionar ante lo recibido de un modo más o menos uniforme». Ferraté piensa en un

grupo de escritores nacidos entre 1952 y 1966: Quim Monzó, Sergi Pàmies, Pericay... ¿Qué les unía? «Parecía -pero las apariencias engañan- que eran partidarios de romper con las convenciones sociales. Es decir, que se atrevían a ser libres por lo que respecta al pensamiento». Ya en 1980 señalaba que Monzó «en prosa es realmente bueno». Hoy, con más perspectiva, afirma que «Monzó no sabe para qué sirven las novelas, pero que por lo que respecta a los cuentos es un buen escritor».

En otras ocasiones ha afirmado que en cuestión de lectura es «un reaccionario». De los poetas, que fueron amigos, de su generación (Barral, Gil de Biedma) destacó su capacidad por establecer «una relación civilizada, tanto en la lengua como en los temas y el modo de tratarlos, con las realidades de la experiencia común contemporánea». De la literatura catalana del presente afirma saber poco. ¿El motivo? «Las cosas que me interesan son limitadísimas. Releo a Josep Carner. Por razones personales, hace unos años leí la poesía de Narcís Comadira y Salvador Oliva».

Lector de profesión y por vocación, es escéptico con el nivel de la crítica literaria que se hace hoy en día en Cataluña. «Buena crítica es la que hacen los ingleses en el *Times Literary Supplement*; cada semana aparece un buen artículo sobre teatro, incluso hablan de dramas clásicos españoles». Para contrastar con lo presente, alaba la figura de Ortega y Gasset. «Era un crítico literario de primera y si en lugar de filósofo se hubiera dedicado exclusivamente a la crítica literaria recibiría una adoración universal». Pienso en la suerte crítica que ha recibido últimamente la poesía de su hermano Gabriel Ferrater, seguramente el poeta en lengua catalana más reconocido de los surgidos tras la Guerra Civil. «J.M. Martos publicó un estudio titulado *Escritores en tres lenguas*. No ha tenido la repercusión que merecería. En este libro, capital a mí entender, se da la medida real de la capacidad y el talento de la poesía de Gabriel. En circunstancias normales este libro tendría el necesario reconocimiento que creo que merece».

La reflexión sobre el papel de la lectura y su función en el individuo –lo que explicó con la fórmula de *la operación de leer*– ha formado parte de su reflexión a lo largo de los años. Seguramente por eso subraya el papel que la lectura debe tener en la vida. «La adquisición de una cultura intelectual pasa ineludiblemente por la lectura. Los libros –que son el alimento básico de la gente leída, como ya dice la palabra– son, desde los griegos, el depósito en el que se acumula la sabiduría universal. Un lector ha de guardar todos los libros».

Ferraté nos habla de sus preocupaciones, de temas que a lo largo de estos últimos años han ocupado buena parte de sus reflexiones. «Para empezar, en Cataluña, la gente debería saber pronunciar bien el catalán». Se queja de

la despreocupación lingüística que detecta sistemáticamente en los medios de comunicación autonómicos. «Las personas que hablan por la televisión deberían ser el modelo. El origen del problema es un caso clarísimo de analfabetismo». ¿Dónde están los modelos? «La gente debería buscarlos. Lo son, por ejemplo, Carles Riba o Salvador Espriu».

La disquisición sobre el nivel general de conocimiento lingüístico me lleva a preguntarle sobre la hipotética existencia de un modelo de lengua literaria. Atinadamente, Blanca Bravo plantea el valor de los clásicos como modelo. O sea, ¿existen unos clásicos capaces de ser vehículo de trabajo a partir del cual forjar una lengua literaria válida para el presente? «Los únicos clásicos de la literatura catalana son medievales: Ramón Llull y Ausiàs March, un mallorquín y un valenciano. Modelos válidos del presente son los de Pàmies y Monzó. El referente para ellos es Josep Pla: que no hay ninguna duda de que es un buen escritor. Pla y su concepción de la lengua literaria fundan una línea que es en la que quieren enmarcarse tanto Pàmies como Monzó. Se trata de una lengua llana [la expresión catalana que Ferraté utiliza es muy ilustrativa: *planera*], una lengua que no busca separarse del uso que la gente hace de ella y que, al mismo tiempo, el escritor es capaz de someter a un control».

De aquí Ferraté observa cuál ha sido la consideración que Pla ha recibido en Cataluña en los últimos tiempos. «Ahora hay mucha gente que se ha despertado y afirma que Pla es muy respetable, pero hace unos años *la gente seria* consideraba que era vergonzoso leerlo. La Cataluña oficial, la representante de las opiniones establecidas, no lo consideraba. José María Castellet, por ejemplo, en *Josep Pla o la raó narrativa* repasa varios temas y al llegar a las ideas políticas de Pla afirma que son irrelevantes y no entra ni en su estudio ni en su comentario. Bueno, yo creo que las ideas políticas de Pla son interesantísimas, cualquier persona despierta ha de estar interesado por conocerlas. Concepciones de este tipo eran las que dominaban durante los años cincuenta y sesenta».

Ligando las palabras sobre Pla y la reflexión en torno a los modelos de lengua, Ferraté arremete contra aquellos que usan un nivel lingüístico pretendidamente culto. «Hay quien cree en la existencia de dos modelos de lengua: el catalán más noble y el catalán de la gente de la calle». Para que lo entendamos nos pone dos ejemplos concretos. «Los hablantes de este supuesto catalán más noble –una concepción que arranca ya de Pompeu Fabra– *signen* y no *firmen* o escriben *lletres* y no *cartes*. Yo, que firmo y escribo cartas, creo que el catalán de la calle es la lengua más noble siempre que esté bien usado. Este catalán que se quiere más noble que el de la calle es una lengua artificial; sus hablantes pecan por archicorrectos. Se

creen, usando la expresión americana, políticamente correctos, pero es una concepción que debe ser abandonada».

Juan Ferraté es un fumador empedernido. Fuma tabaco negro, *Coronas*. Cigarrillo tras cigarrillo, la conversación sigue y avanza por sendas imprevisas. Mientras, el magnetófono va registrando silencios, descalificaciones, afirmaciones rotundas, iluminaciones y preguntas más o menos contestadas. Domina la penumbra, pero al rostro de Ferraté lo ilumina la luz de una lámpara que ya se ha hecho necesaria. Otra obsesión del Ferraté polemista aparece en la conversación: la actitud de los escritores que el denomina *los catalanes*, con una modulación en el tono que no es para nada inocente.

«La expresión *los catalanes* equivaldría a *los murcianos*. Esta es la óptica que adopta la gente de Madrid en la relación con escritores como Marsé, Félix de Azúa o Enrique Vila-Matas. Es en Madrid donde se los etiqueta como *los catalanes* y son los únicos escritores con los que son capaces de contrastar pareceres. La cuestión es que los otros escritores catalanes, los que escriben en catalán, no interesan en Madrid». En Barcelona, afirma con ironía, «*los catalanes* sufren mucho. Sufren porque no representan el país; para poderlo representar deberían escribir en catalán». Ferraté no está aludiendo a una cuestión de nacionalismo cultural. «Las bromas que en su literatura puedan hacer un Pàmies, un Monzó o un Ramón Solsona van dirigidas a un público capaz de entenderlas».

Aduce un caso concreto. Más que irónico, Ferraté es ahora corrosivo. «Juan Marsé hizo una novela titulada *El amante bilingüe*. En la novela queda claro que los únicos bilingües son los hablantes catalanes. Pero hay dos pasajes, únicamente dos, en los que aparecen expresiones catalanas. En una ocasión el protagonista exclama *Fes-me un francès, reina!* y en otro pasaje un viejo jubilado le pregunta al protagonista *Vostè de què se'n fot!*. Estos dos pasajes están muy bien, son geniales: expresiones catalanas que reflejan todos los atributos de los catalanes. Cuando lo leí pensé y vi claramente que Marsé es una persona que sabe ir orientado por el mundo».

La charla deriva ahora hacia la consideración que recibe la cultura catalana en España. «En una ocasión, la revista *El Urogallo* quería hacer un número dedicado a Cataluña. Los responsables de la revista en Barcelona pensaron en mí para que escribiera un artículo. El director –Gabriel y Galán– me llamó pidiendo que participara. Yo le hice dos preguntas. La primera: ¿pagan? Con lo cual aparecieron los típicos comentarios sobre el catalán y *la pela*. La segunda pregunta era si algún colaborador de ese número no era catalán. La respuesta fue negativa. Mi pregunta es ahora: ¿hay alguien en Madrid capaz de decir algo sobre la cultura catalana?».

«Si no son capaces de hacerlo, ¿por qué debo hacerlo yo? Yo soy una persona perfectamente establecida y no tengo ninguna obligación de informar sobre qué pasa y qué no pasa aquí. No hay voluntad de conocimiento, lo que no impide que se dediquen páginas y páginas a la cultura catalana». Ferraté sabe que está provocando, juega a la *boutade*. Pero también es verdad que tras sus palabras provocativas –no en balde uno de sus últimos libros de artículos se titula *Provocacions*– se esconde la atenta y lúcida reflexión sobre cuál es el papel que juega la cultura hoy en Cataluña, sobre la función que tiene y la que debería tener.

De esto y de aquello, más o menos, hablamos aquella tarde³.

³ En unos meses aparecerá *De esto y de aquello*, un nuevo libro en traducción castellana de Juan Ferraté. En él recoge artículos hasta ahora no publicados y artículos viejos que ya fueron publicados en catalán.



Pere Gimferrer